

Discurso del cuerpo en mi infancia

¿Por qué ella no llora?

Dicen que los niños lloran por todo. Pero yo no. No era porque no sintiera, era porque aprendí desde muy pequeña a guardarla todo dentro. Me callaba las caídas, las tristezas, incluso la rabia. Tal vez pensaban que era fuerte, o tal vez invisible. Las lágrimas se escondían detrás de mis ojos, como si temieran salir y ser malentendidas. Aprendí a ser la niña que no llora, la que aprieta los labios y sigue adelante.

Y lo curioso es que aún hoy, ya grande, sigo sin poder llorar. Aunque algo me duela, aunque por dentro me sienta rota, las lágrimas no salen. Como si mi cuerpo hubiera olvidado cómo hacerlo, o como si hubiera aprendido que mostrar tristeza no era seguro. A veces me da miedo pensar que he perdido esa parte de mí para siempre. Otras veces, simplemente acepto que soy así, que mi forma de llorar es otra: en el silencio, en las palabras, en la memoria.

¿Por qué no puede ver bien?

Mis ojos nunca fueron buenos para mirar de lejos. Sin gafas, el mundo se convierte en una acuarela borrosa. Pero tal vez eso me enseñó a ver de otras formas: a fijarme en los detalles, a imaginar lo que no alcanzaba a distinguir, a construir mi propio enfoque. Desde niña, entendí que no todo se ve con claridad, que algunas cosas importantes están desenfocadas a propósito. Y que, aunque no pueda ver bien, siempre puedo mirar con profundidad.

¿Qué pasa con sus manos?

Mis manos siempre han sido distintas. Un poco arrugadas, un poco tímidas. Me las miraba de niña como si no fueran mías, preguntándome por qué no eran suaves como las de otras personas. Pero con el tiempo entendí que cada línea, cada pliegue, guardaba un secreto. Las arrugas eran mapas de mi historia: las veces que me aferré a algo con fuerza, las veces que solté aunque doliera. Son las manos con las que escribo, con las que abrazo, con las que me defiendo. Las mismas con las que he aprendido a sostenerme.

Crecer es aprender a convivir con las preguntas que nos habitan. A veces no tienen respuesta, o la respuesta duele. Pero esas preguntas también nos revelan. Yo soy esa niña que no lloraba, que veía el mundo a medias y que escondía sus manos arrugadas por vergüenza. Y soy también la mujer que sigue cargando con esas marcas, que ha aprendido a mirarse con más ternura.

Mi infancia no fue perfecta, pero fue mía. Y aunque hay partes de mí que aún no entiendo del todo, hoy puedo nombrarlas, darles voz. Porque mirar hacia atrás no es quedarse atrapada, sino recoger los pedazos que alguna vez escondí. Para volver a ser, poco a poco, una versión más libre de mí misma.

Autorretrato

Me miro al espejo y veo una figura que a veces me cuesta reconocer. Llevo gafas, sin ellas el mundo se me desdibuja, como si necesitara una barrera para filtrar lo que entra. Mis ojos, aunque no lloran, están llenos de cosas que no digo. Se parecen a la niña que fui: observadora, silenciosa, con la emoción contenida.

Mi rostro guarda historias que no siempre cuento. A veces parece tranquilo, pero dentro hay un torbellino. Mis manos, arrugadas desde siempre, han sido motivo de preguntas y miradas ajenas, pero hoy las veo como huellas de mi camino. Son las que me han sostenido en mis días más duros, las que escriben cuando no sé hablar, las que me ayudan a existir.

No soy perfecta, ni quiero serlo. Soy una mezcla de contradicciones: fuerte y frágil, callada pero llena de pensamientos. En mi autorretrato no hay una sonrisa fingida, hay una verdad que he aprendido a abrazar: soy una historia en proceso, una mujer construida con los retazos de su infancia, sus preguntas, y su deseo de entenderse.

